



Y tu tierra, en la que tú naciste, ¿qué ya la olvidaste?

Fernando Gómez Rovira

Actor

Cuando mis amigos, mis hermanos, mi mujer, mis padres o espectadores me preguntan sobre mi trabajo como actor, nunca sé muy bien qué contestar. Generalmente hablo poco de lo que hago o de lo que no hago sobre el escenario, hablo poco del cómo lo hago.

Prefiero contestar por qué lo hago o por qué me gusta tanto actuar. Cuento lo increíble que es olvidar tu historia por un rato para contar la de otro. Prestar tu cuerpo, tus gestos, tus miradas, tu voz, tu respiración, tu transpiración, a un personaje, estar a su servicio. No me gusta contar el cómo lo hago. No por hermetismo y menos por egoísmo. Trato de no hablar de mi trabajo actoral, sé que a la mayoría poco le puede importar, pero para mí es algo sagrado, íntimo e importante. Es mi secreto. Así como el mago cuida sus trucos. Creo en la magia del teatro, muchos creemos en ella porque nos gusta soñar y que nos hagan soñar, evadirnos, viajar y ojalá, lejos.

Actuar es un acto maravilloso de generosidad. Los actores tarde o temprano terminamos prestándole nuestras tripas al teatro. Más allá del sacrificio físico que a veces puede signi-

ficar, como el tener que adelgazar diez kilos y que depilarse todo el cuerpo con cera caliente por querer encontrarse con la fragilidad de un personaje. Más allá de eso, los actores nos vemos mucho más entregados a la hora de rasparnos el alma y de dejar una gota de sangre sobre el escenario, como nos decía Fernando González en la Escuela de Teatro, todo por querer llegar al público con la historia que se está contando.

No somos generosos por simplemente querer serlo. El bombero es alguien que está dispuesto a salvar la vida de otro arriesgando la suya. Si la gente lo considera héroe, está bien, pero él nunca buscó serlo. En lo personal, no busco el riesgo ni la peligrosidad emocional al interpretar un personaje. Simplemente el precipicio está allí, es como el fuego que también está allí y si uno se acerca mucho, quema.

Lo que sí busco son esos mecanis-

Fernando Gómez como "Nemesio", con su hijo y un Tue Tue.



mos internos necesarios para poder contar una determinada historia. Porque uno está creyendo fervientemente en ella y creyendo que se tiene que saber hoy y en este lugar. Cueste lo que cueste.

Cuando María de la Luz Hurtado me invitó a escribir algo sobre mi trabajo como actor en la obra *Nemesio pelao, ¿que es lo que te ha pasao?* me alegré mucho y estaba muy agradecido de tener acceso a esta ventana y poder humildemente hablar de la obra y de su proceso como montaje. Nunca antes había escrito unas líneas para una revista de teatro. Pero nuevamente me veía complicado. Creo que no soy nadie en la historia del teatro como para escribir sobre mis inquietudes y exploraciones teatrales. Y esas otras cosas más personales e íntimas son justamente las que me cuesta compartir.

Finalmente me decidí a contarlo de esta manera:

Nemesio pelao, ¿que es lo que te ha pasao? es una obra que cuenta una historia que me llega al corazón. Que habla de los papás, de irse del hogar para un día tener que regresar, de la amistad, del amor, de Chile y de tantas cosas más. Para mí, habla por sobre todas las cosas de una persona que en un determinado momento parte en busca de su identidad y opta por mirar hacia el pasado, allí donde quedó su tierra con su gente. Creo que las historias siempre a uno lo agarran más por un lado que por otro. Ese lado muchas veces tiene que ver con uno, con nuestra propia historia.

Curiosamente, *Nemesio* tiene muchas cosas de mí y yo muchas cosas de él.

Crecí toda mi infancia reconociendo en la mirada de mis padres una



Nemesio Pelao, ¿qué es lo que te ha pasao? Fernando Gómez, Juan Olavarrieta, Rosa Ramírez, Mariana Muñoz, Soledad Yáñez, Yuri Cerda, Ivo Herrera y Gala Fernández.

nostalgia infinita por su Chile querido y su gente. Así, heredé mi nacionalidad. A pesar de haber llegado al mes y medio de vida a Francia acompañando, junto a mis dos hermanos, a mis padres en un exilio político, y de haber vivido quince años allá lejos de donde yo había nacido, nunca me llegué a sentir francés. Y sin saber muy bien por qué, yo era chileno como el Luchín de Víctor Jara. Como el *Nemesio* que, a pesar de haberse ido a los ocho años, nunca olvidó el lugar donde nació.

Muchos textos de la obra me resuenan. Muy fuerte. Mis padres, una vez que pudimos volver a Chile, me dijeron: *Falta poco Feñita pa' que conozcai tu Chile*. A su vez *Nemesio*, en un momento de la obra, le dice a su hijo: *Falta poco Mechito pa' que conoscai tu nueva casa*. En escena no estoy nunca contando mi historia, pero me gusta prestarle a *Nemesio* parte de mi pasado para poder así darle vida al teatro. Pero eso no lo sabe nadie, sólo *Nemesio* y algunos compañeros

de trabajo. Eso es todo, no tengo nada más que contar, todo lo otro está en el escenario, durante la función.

Para el estreno de la obra, Cristián Soto me regaló una tarjeta que decía:

Fernando.

*Viejo porfiado y bien chamullento
venido de las Francias
quién lo hubiera imaginado,
si ahora te la llevai cantando
payas y candores
¿Parece que te estai chilenizando?
A buena hora, me parece bien.
Nemesio te felicita, porque te
sale reharto re-bien.*

Cristián

Cuando el teatro con la vida conviven de esta manera, dan ganas de reír hasta llorar.

Como dice Andrés Pérez siempre que terminamos una función: ¡Viva el teatro! ¡Viva!

Gracias Cristián por tu obra, Andrés por tu dirección, a todos mis compañeros del Gran Circo Teatro.